

Creer en nuestro nacimiento

Del Libro "Creer, amar, esperar cada día", de Alessandro Pronzato

“Encontraréis un niño envuelto en pañales...” (Lc.2, 12)

He ahí el milagro inaudito de la navidad.

El Omnipotente se revela en la debilidad más desarmada.

El Inmenso se convierte en el pequeñísimo, en un niño envuelto en pañales.

El totalmente Otro se hace uno de nosotros.

El Dios invisible, aquel a quien nadie ha visto jamás (Jn. 1, 18), se hace visible.

El inaccesible, lejano, se muestra cercano, se presenta como el Dios-con-nosotros.

Y, por favor, que no se nos ocurra pensar que somos nosotros los que lo buscamos, los que nos acercamos a él.

Es él el que nos buscó, el que nos busca, nos invita, nos ama.

No se trata de nuestra buena voluntad. En navidad es Dios el que manifiesta su buena voluntad con los hombres.

“Os anuncio una gran alegría...: os ha nacido un salvador” (Lc. 2, 10-11)

A los pastores se les anuncia una alegría para hoy.

Así debería ser la alegría de nuestra navidad. No una alegría vieja, cubierta de polvo, ligada a los recuerdos de la infancia, a las tradiciones que todavía se mantienen bajo el barniz de las últimas modas, sino una alegría viva, profunda, nueva. Una alegría para hoy.

Es la alegría de poder creer en un nacimiento. El suyo, ante todo. Pero también el nuestro.

Parece un hecho resabido. Pero, pensándolo bien, es necesario creer en el nacimiento. Creer en la posibilidad de renacer.

Nicodemo creía que, a su edad, no se podía nacer de nuevo. A cierta edad ya no se cambia.

Con el paso de los años se renuncia a modificar las cosas, dentro y fuera de nosotros.

Está el mundo viejo, endurecido, encogido bajo un armazón destartado de pecado y de indiferencia.

Pero aquella noche se rompió la corteza en un punto concreto, y afloró un brote, una fuerza capaz de renovar el mundo.

Sin embargo, aunque muchos se empeñan en sofocar ese nacimiento (la matanza de los inocentes tiene un valor simbólico: es el mundo viejo de la violencia, del odio, del

poder, del abuso, el que se ensaña con el “niño”, portador de una propuesta de paz, de humanidad nueva), siempre cabe la posibilidad de que alguno de nosotros haga un poco de silencio, perciba un crujido limpio, luminoso, en medio de la noche.

“De nada sirve que el Señor haya nacido hace dos mil años, si hoy no nace realmente nada... La maravilla de esta noche, o de este día, es que Dios, en medio de nosotros, puede volver a vivir” (Luis Evely)

Para transformar este desierto, sumergido bajo tanta basura, se necesitan manos desnudas que se empeñen en cultivar una flor.

Para romper la costra dura de la indiferencia y del odio hace falta un corazón con un amor más fuerte que todas las durezas.

Para horadar las tinieblas se necesitan ojos incendiados de luz.

Para acallar las voces que nos atacan y ensordecen por todas partes, es necesario que alguien acoja y traiga una palabra verdadera...

En una palabra, se necesita un nacimiento.

Y nosotros caminamos hacia el recién nacido, pobre, frágil, amenazado –y tanto más amenazado cuando más sirve de pretexto para una fiesta que lo pone en el centro para ignorarlo-, y le llevamos lo más precioso e intacto que hemos conservado: el deseo de nacer.

Entonces, ¿habrá navidad este año?